

EL ARCHIVO
DE SHERLOCK
HOLMES



ARTHUR CONAN DOYLE EL ARCHIVO DE SHERLOCK HOLMES

El archivo de Sherlock Holmes

Título original: *The Case-Book of Sherlock Holmes*

Autor: Arthur Conan Doyle

Traductora: María Ofelia Pérez Lis

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición interna: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño de tapa: Claudia Solari

Armado de interior: Isabel Barutti

1ª edición: agosto 2026

ISBN 978-950-02-1729-3

Impreso en Thomson Reuters,
Bernardino Rivadavia 130, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en agosto de 2026.

Tirada: 3000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Conan Doyle, Arthur

El archivo de Sherlock Holmes / Arthur Conan Doyle. - 1a
ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.
416 p. ; 19 x 12 cm.

Traducción de: María Ofelia Pérez Lis.

ISBN 978-950-02-1729-3

1. Novelas Policiales. 2. Novelas de Misterio. 3. Narrativa
Inglesa. I. Pérez Lis, María Ofelia, trad. II. Título.
CDD 823

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

La aventura del cliente ilustre

“Hoy ya no puede provocar daño”. Esa fue la respuesta de Sherlock Holmes cuando, por décima vez, le solicité que me autorizara a hacer pública la siguiente crónica. De esa manera, obtuve la aprobación para dejar testimonio de lo que, en cierto sentido, representó el momento culmen de la trayectoria de mi amigo.

Holmes, tanto como yo, tenía cierta debilidad por los baños turcos. Mientras fumaba en el agradable letargo de la sala de secado, he hallado a Holmes menos hermético y más compasivo que en ningún otro sitio. En la planta superior de la casa de baños de la avenida Northumberland, hay un lugar retirado con dos sofás, uno junto al otro, y en ellos nos encontrábamos recostados el 3 de septiembre de 1902, día en que se inicia mi narración. Yo le había preguntado si tenía algún caso entre manos y él me respondió sacando su extenso brazo, flaco y fibroso, de debajo de las sábanas en las que se hallaba envuelto y extrayendo un

sobre del bolsillo de adentro del saco que se encontraba colgado al lado suyo.

—Tal vez se trate de un sujeto tonto, impaciente y serio, o de un caso de vida o muerte —dijo al alcanzarme la carta—. Yo no sé nada más que lo que dice la misiva.

Venía del Club Carlton y llevaba la fecha de la noche anterior. Esto fue lo que leí:

Sir James Damery le presenta sus respetos al señor Sherlock Holmes, e informa que lo visitará en su casa, mañana a las 4:30. Sir James se permite prevenirle que el tema sobre el que desea consultar al señor Holmes es sumamente sensible y asimismo de suma importancia. Por ello, tiene confianza en que el señor Sherlock Holmes hará los mayores esfuerzos por otorgarle esta entrevista, la que habrá de confirmar comunicándose por teléfono al Club Carlton.

—No es necesario que le diga, Watson, que realicé la confirmación —afirmó Holmes cuando yo le devolví la misiva—. ¿Sabe usted algo respecto de este tal Damery?

—Lo único que sé es que ese apellido figura cotidianamente en la vida de sociedad.

—Yo puedo indicarle algo más que eso. Se lo conoce como un especialista en arreglar cuestiones sensibles,

que no conviene que salgan en los periódicos. Tal vez se acuerde usted de sus negociaciones con sir George Lewis respecto del testamento de Hammerford. Es un individuo de mundo con un don innato para la diplomacia. Por eso, no puedo sino pensar que no se debe tratar de una pista falsa, y que, en verdad, precisa de nuestra intervención.

—¿Nuestra?

—Si desea ser usted tan gentil, Watson.

—Estaré muy honrado.

—Pues entonces, ya está al tanto de la hora; las cuatro y media. Así pues, podemos quitarnos de la mente el asunto hasta esa hora.

En ese tiempo, yo me alojaba en mis habitaciones de la calle de Queen Anne, pero fui a Baker Street antes de la hora señalada. Eran y media clavada cuando sir James Damery se hizo anunciar. Casi no será necesario hacer su descripción, porque muchos han de recordar a aquella figura corpulenta, altanera y decente, aquel rostro ancho y totalmente afeitado, y, en especial, aquella voz amable y espesa.

Resplandecía la sinceridad en su mirada gris de irlandés, y en esos labios impacientes y alegres retozaba la vivacidad. Todo transmitía su cuidado escrupuloso por el buen gusto en la vestimenta que lo había hecho famoso; su resplandeciente sombrero de copa, su levita negra; en fin, cada detalle, comenzando por la perla del alfiler de

su corbata de raso negro, hasta terminar en las polainas cortas de tono lavanda sobre sus zapatos de charol. Ese aristócrata voluminoso y dominante sobresalía en la pequeña sala.

—Por supuesto, esperaba encontrar aquí al doctor Watson —sentenció, haciéndome una cortés inclinación—. Su asistencia podría ser adecuada en esta oportunidad, porque tenemos que batallar con un sujeto habituado a la violencia y que, textualmente, no le tiene miedo a nada. Tendría que afirmar que no existe en Europa una persona más temeraria.

—Ese calificativo ya fue usado para definir a varios de mis oponentes —sostuvo Holmes con una sonrisa—. ¿Gusta un cigarro? Pues entonces, me disculpará si yo prendo mi pipa. Ese sujeto debe ser temerario de verdad, para serlo aún más que el profesor Moriarty, ya fallecido, o que el todavía vivo coronel Sebastián Moran. ¿Podría conocer su nombre?

—¿Escuchó usted alguna vez hablar del barón Gruner?

—¿El asesino austríaco?

El coronel Damery levantó sus manos con guantes de cabritilla mientras comenzaba a reír.

—¡Usted no se pierde nada, señor Holmes! ¡Es sorprendente! ¿Así que ya lo tiene usted evaluado como asesino?

—Mi profesión me exige mantenerme al corriente de los sucesos criminales del continente. ¿Quién que haya leído sobre lo que aconteció en Praga puede albergar dudas respecto de la culpa de tal sujeto? Se salvó por tecnicismos legales y por el extraño fallecimiento de un testigo. Tengo la misma certeza, como si lo hubiera visto con mis propios ojos, de que él asesinó a su mujer cuando sucedió aquel denominado accidente en el Paso de Splugen. Asimismo, estaba al tanto de que el barón había venido a Inglaterra e imaginaba que, finalmente, me daría algo para trabajar. Vamos a ver, ¿qué hizo este barón Gruner? Supongo que no será la exhumación de la vieja tragedia.

—No, es más serio que eso. Es fundamental que se sancione el crimen ya producido, pero más relevante es que se lo evite. Señor Holmes, es algo espantoso ver cómo se organiza, delante de uno, un hecho terrible, una situación tremenda; saber cuál va a ser el desenlace y verse totalmente imposibilitado para evitarlo. ¿Puede alguien encontrarse en una circunstancia de mayor angustia?

—Tal vez no.

—Al ser así, pienso que tenderá a simpatizar con el cliente en nombre de quien estoy actuando.

—No imaginé que actuaba usted como sencillo intermediario. ¿Quién es la persona interesada?

—Señor Holmes, tengo que suplicarle que no insista en esa pregunta. Es de suma importancia que yo pueda darle la certeza de que su insigne apellido no fue traído a colación en el caso. Desea mantenerse oculto, aunque actúe por motivos dignos y elevados en sumo grado. No es necesario que aclare que sus honorarios se hallan garantizados y que podrá accionar con la más completa libertad. ¿No es cierto que no tiene importancia alguna el nombre de su cliente?

—Lo lamento —respondió Holmes—. Estoy habituado a que un lado de mis casos se encuentre velado por el misterio, pero que lo estén ambos es algo demasiado expuesto a complicaciones. Siento, sir James, tener que rechazar el caso.

Nuestra visita mostró un hondo desconcierto. La conmoción y la decepción entristecieron su rostro ancho y expresivo, y contestó:

—Señor Holmes, difícilmente pueda usted sopesar el alcance de su rechazo. Me pone usted ante un serio dilema, porque tengo la certeza absoluta de que si pudiese decírselo todo, usted estaría orgulloso de tomar el caso; pero la promesa que hice no me lo permite. ¿Al menos podría contarle cuanto me está permitido?

—No tengo ningún inconveniente, con la condición de que quede bien claro que yo no tomo ningún compromiso.

—Comprendido. En primer término, imagino, sin duda, que habrá sentido mencionar al general De Merville.

—De Merville..., ¿el que se hizo célebre en Khyber? Sí, escuché hablar de él.

—Él tiene una hija, Violeta de Merville, joven, con fortuna, bella, culta, una maravilla de mujer en todos los aspectos. Muy bien; es a esa hija, a esa joven excelente y honesta, a quien intentamos salvar de las zarpas de un demonio.

—Eso significa que el barón Gruner tiene poder sobre ella, ¿no es cierto?

—El más formidable de todos los poderes, al tratarse de una mujer: el poder del amor. Ese sujeto es, como tal vez haya escuchado usted mencionar, un hombre de sorprendente belleza, de maneras fascinantes, de voz tierna; se presenta envuelto en esa atmósfera novelesca y misteriosa que tanto fascina a las mujeres. Se afirma que no existe ninguna capaz de resistírsele y que se ha valido largamente de ese hecho.

—Pero ¿cómo hizo un individuo de esa clase para establecer trato con una mujer de la alcurnia de la señorita Violeta de Merville?

—Se produjo en un viaje en yate por el Mediterráneo. Los invitados, aunque eran personas selectas, tenían que abonar el pasaje. Es casi seguro que quienes lo organizaron

no estaban al tanto de la real personalidad del barón hasta que fue muy tarde. El muy sinvergüenza estuvo todo el tiempo cortejando a la joven, y logró ganar su corazón de una forma total y completa. Afirmar que ella lo ama no es bastante. Enloqueció por él, se halla obsesionada con él. En la Tierra no existe nada para ella más allá de ese individuo. No está dispuesta a escuchar ni una palabra que vaya contra él. Se hizo todo lo que fue posible para que superara su locura, pero fue inútil. En resumen: tiene la intención de desposar al barón el mes que entra. Y como ya cumplió la mayoría de edad y posee una voluntad de hierro, se hace dificultoso pergeñar un modo de impedirselo.

—¿Sabe de la cuestión austríaca?

—Ese sagaz demonio le refirió todos los escándalos públicos de su pasado, pero lo hizo, en todos los casos, haciéndose ver a sí mismo como una víctima inocente. Ella cree en la versión de Gruner y no desea oír ninguna otra.

—¡Bueno! Pero creo que dio usted sin tener conciencia de ello el nombre de su cliente, que es, indudablemente, el general De Merville.

Nuestro visitante se agitó con nerviosismo en su asiento.

—Señor Holmes, yo podría mentirle afirmándole que sí, pero estaría falseando la verdad. De Merville es un sujeto ya sin fuerzas. Este suceso ha desanimado totalmente al

veterano soldado. Perdió el valor que jamás lo abandonó en la batalla, y se ha transformado en un ser frágil e indeciso, sin fortaleza para enfrentar a un sinvergüenza repleto de esplendor y de impulso como el austríaco.

—Mi cliente, no obstante, es un antiguo amigo que trató profundamente al general por muchos años y tiene un interés paternal por esta muchachita desde que nació. No está en condiciones de ver cómo se produce esta tragedia sin hacer algo para impedirla. Scotland Yard no tiene motivo alguno para actuar en este caso. Dicha persona sugirió la idea de que usted actúe, aunque, como ya mencioné, con la condición de no aparecer involucrada en lo personal en el asunto. Yo no tengo duda, señor Holmes, de que si pusiera en juego su capacidad extraordinaria, le sería sencillo seguir el rastro que lo conduciría hasta mi cliente solo con seguirme a mí, pero le solicito, como un tema de honor, que se inhiba de hacerlo y que no quiebre su anonimato.

Holmes sonrió de una manera muy especial y respondió:

—Pienso que estoy en condiciones de prometérselo con toda certeza. Le sumaré que el asunto que me presenta me causa interés, y que tengo la disposición de estudiarlo. ¿De qué modo podré contactarme con usted?

—El Club Carlton podrá dar conmigo. Pero en caso de urgencia, existe un teléfono para llamadas reservadas: el X X treinta y uno.

Holmes tomó nota del número y se quedó, sonriendo, con el cuaderno de notas abierto en sus rodillas.

—Por favor, la dirección actual del barón.

—Vernon Lodge, cerca de Kingston. Es un edificio grande. Salió con suerte de ciertas especulaciones dudosas, y es un hombre rico, lo que lo hace un adversario de mucho mayor peligro.

—¿En la actualidad se encuentra en su casa?

—Sí.

—Más allá de lo que me dijo, ¿puede darme algún otro dato sobre ese hombre?

—Es un individuo de gustos onerosos; cría caballos; durante un breve lapso jugó al polo en Hurlingham, pero se comentó sobre la cuestión de Praga y debió retirarse. Es coleccionista de libros y de cuadros. En su temperamento, hay un significativo talante artístico. Según sé, se lo considera una autoridad en porcelana china y ha publicado un libro acerca del tema.

—Una naturaleza compleja —dijo Holmes—. Todos los criminales importantes la tienen. Mi viejo amigo Charlie Peace era un virtuoso del violín. Wainwright no era alguien cualquiera como artista. Me sería fácil citar a muchos más. Bueno, sir James, dígame a su cliente que, a partir de este instante, centraré mi atención en el barón Gruner. No estoy en condiciones de decir nada más; tengo

algunas fuentes propias de información y considero que no van a faltarme medios para comenzar el trabajo.

Cuando nuestro visitante se fue, Holmes estuvo sentado y sumergido en hondas cavilaciones durante tanto tiempo que creí que había olvidado que yo estaba allí. No obstante, de pronto volvió repentinamente a la realidad y me preguntó:

—Y, Watson, ¿no imagina nada?

—Yo pienso que lo mejor que usted puede hacer es conversar con la muchacha.

—Estimado Watson, ¿de qué forma yo, un completo desconocido, puedo salir bien parado, si su desdichado y anciano padre no ha logrado tener influencia sobre ella? Aunque, si todo lo demás fracasa, hay algo provechoso en esa sugerencia. Pero pienso que es necesario que comencemos desde un punto diferente. Me parece que Shinwell Johnson podría sernos útil.

Todavía no se me presentó la oportunidad en estas memorias de referirme a Shinwell Johnson, porque solo en pocas ocasiones entresaqué mis casos de los últimos períodos de la carrera de mi amigo. Llegó a convertirse en un colaborador apreciado en los primeros años de este siglo. Siento mencionar que Johnson comenzó por ganar fama como un rufián muy peligroso y que cumplió dos condenas en Parkhurst.

Luego, se rectificó y se unió a Holmes, actuando como su agente en el enorme mundo de los bajos fondos de Londres y sus inestimables informaciones fueron, frecuentemente, de gran trascendencia. Si Johnson hubiera sido informante de la policía, rápidamente lo habrían desenmascarado; pero como actuaba en asuntos que nunca llegaban directamente a los tribunales de justicia, sus compañeros jamás se percataron de sus actividades.

Con la pátina de sus dos condenas disponía de libre acceso a todos los clubes nocturnos, tugurios y antros de juego; su velocidad de observación y su despabilada mente lo transformaron en un agente inigualable para obtener informes. En esta oportunidad, Sherlock Holmes se planteó recurrir a sus servicios.

No pude seguir de cerca los pasos que mi amigo dio a continuación, porque algunos asuntos profesionales requerían mi atención; pero, según la cita que habíamos hecho, me encontré con él esa noche en Simpson's, donde, sentados a una pequeña mesa junto a la ventana de adelante y mientras contemplábamos desde esa altura la vehemente corriente de vida que transitaba por el Strand, Holmes me relató algo de lo que había sucedido.

—Johnson anda merodeando —me comentó—. Tal vez junte algunos elementos en los recodos más sombríos de los bajos fondos. Es ahí, en las oscuras raíces

del crimen, donde debemos buscar los secretos de este individuo.

—Pero si esa joven no acepta ni siquiera los hechos por todos conocidos, ¿cómo sería posible que algún descubrimiento que usted pueda realizar la haga revertir sus intenciones?

—Quién puede saberlo, Watson. El corazón y la inteligencia femeninos son para nosotros, los hombres, interrogantes insondables. Es posible que una mujer excuse o entienda un crimen, y sin embargo, la indigne un pecado de menor importancia. El barón Gruner me hizo notar...

—¡Le hizo notar a usted!

—Bien, ahora me doy cuenta de que no le comenté a usted mis planes. Vea, Watson, a mí me atrae llegar al cuerpo a cuerpo con el individuo al que persigo. Me gusta mirarlo a la cara y ver con mis propios ojos el material del que está hecho. Luego de que le di mis indicaciones a Johnson, me hice conducir en coche a Kingston, y hallé al barón sumamente afable.

—¿Supo quién era usted?

—No tuvo ningún problema, por el simple motivo de que yo le hice entregar mi tarjeta. Es un adversario óptimo, frío como el hielo, de voz suave y tierna como la de uno de esos médicos que están de moda y, a su vez, es tan ponzoñoso como una serpiente. Posee clase, es un real aristócrata

del crimen, de esos que hacen recomendaciones superficiales para el té de la tarde, un té con toda la atrocidad de la tumba detrás. Sí, estoy contento de haber dedicado mi atención al barón Adelbert Gruner.

—¿Y señala usted que en esa oportunidad estuvo amable?

—Igual que un gato que ronronea cuando piensa que está viendo a un posible ratón. La amabilidad de algunas personas es mucho más letal que la violencia de otros espíritus más rudos. Me recibió de una forma acorde con su personalidad, diciéndome: “Imaginé, señor Holmes, que me visitaría en cualquier momento. Indudablemente, usted debe estar al servicio del general De Merville para tratar de evitar mi casamiento con su hija Violeta. Es así, ¿no es cierto?”. Le respondí que, ciertamente, era de ese modo y él me señaló: “Estimado señor, lo único que logrará es malograr su bien obtenida fama. Es un asunto en el que no existe posibilidad alguna de que usted triunfe. El suyo habrá de ser un trabajo inútil, por no mencionar los posibles riesgos a los que se pueda exponer. Déjeme aconsejarle con vivo interés que se aparte de inmediato”.

”“Es llamativo —le respondí—, me ha dado usted precisamente la misma recomendación que iba a darle a usted. Yo tengo respeto por su inteligencia, barón, y ese respeto no ha mermado con esta escueta charla. Déjeme hablarle de hombre a hombre. Nadie procura agitar su

pasado y ponerlo en una situación inútilmente embarazosa. Aquello pasó, y usted se halla ahora en aguas calmas; pero si insiste en esa boda, alzaré en contra suya a una profusión de adversarios con poder que no le habrán de dar paz hasta que su permanencia en Inglaterra le sea demasiado penosa. ¿En verdad, vale la pena este juego? Crea lo que le digo, usted ganaría si dejara en paz a esa joven. No será en absoluto agradable para usted que algunos sucesos de su pasado sean conocidos por ella”.

”El barón usa unos pequeños bigotes lustrados con cosméticos, que semejan las antenas cortas de algunos insectos. En tanto me escuchaba, sus pequeños bigotes se sacudían, hasta que empezó a reír gradualmente: “Señor Holmes, perdone el buen humor —me señaló—. En verdad es divertido advertir que trata de ganar el juego sin contar con buenas cartas en su mano. Me parece que nadie le sacaría ventaja, pero, no obstante, es bastante patético. Señor Holmes, no posee usted en su mano ninguna carta de triunfo, solo cartas sin valor”.

”“Eso es lo que usted piensa”. “Eso me consta. Voy a decírselo de forma que lo comprenda, porque las cartas que yo poseo en la mano son tan importantes, que puedo darme el lujo de mostrarlas. Tuve la buena fortuna de granjearme el afecto absoluto de esa joven. Me lo otorgó más allá de que yo le conté, sin vueltas, todos los tristes

acontecimientos de mi pasado. Asimismo, le aseveré que había determinadas personas viles y mendaces... (espero que se dé por aludido) que se aproximarían a ella a decirle todas esas cosas, y le sugerí de qué manera tenía que tratarlas. ¿Ha escuchado usted hablar, señor Holmes, de la sugestión poshipnótica? Pues bien, verá sus resultados en la práctica, porque un hombre con personalidad puede usar el hipnotismo sin pases mediocres ni estupideces. Ella está dispuesta a recibirlo: no tengo ninguna duda de que le dará una cita, porque cedé con gentileza a la voluntad de su padre; excepto, solamente, en nuestro pequeño tema”.

”Así pues, Watson, no consideré que tuviera nada para añadir y lo saludé con toda la gélida dignidad que pude, pero él me atajó diciéndome: “A todo esto, señor Holmes, ¿usted conoce a Le Brun, el agente de policía francés?”. “Sí”, le respondí. “¿Tiene idea de lo que le sucedió?”. “Escuché que unos apaches lo golpearon en el distrito de Montmartre y quedó inválido para toda la vida”.

”“Efectivamente, señor Holmes. Y por una llamativa casualidad, apenas una semana antes de lo que le pasó, ese tal Le Brun había estado llevando a cabo indagaciones sobre algunas cuestiones mías. No haga nada que se le parezca, señor Holmes; no da buena suerte. Ya hay varios que lo constataron. Lo último que le voy a decir es esto:

continúe su propio camino y permítame a mí continuar el mío, adiós”. Ahí está, Watson; ya se puso al corriente de todo.

—Parece un sujeto peligroso.

—Sumamente peligroso. A mí no me asustan los individuos jactanciosos, pero este es de la categoría de los que con sus palabras se mantienen por debajo de sus intenciones.

—¿Y es necesario que usted se involucre? ¿Es de real importancia que ese hombre no contraiga matrimonio con la joven?

—Yo diría que es de suma importancia, especialmente al pensar que, sin sombra de duda, mató a su última esposa. ¡Aparte, está el cliente! Bien, bien, no es preciso que discutamos sobre este aspecto del tema. Es mejor que venga conmigo a casa después de que termine su café, porque el impetuoso Shinwell ya debe encontrarse allí con su informe.

Ya se hallaba allí, efectivamente. Era un hombre voluminoso, rústico, de rostro rubicundo y apariencia enfermiza, con unos ojos negros perspicaces, que aparecían como el único signo exterior del alma, sumamente astuta, que había en su interior. Al parecer, se había sumergido en lo que era su territorio y allí se encontraba, al lado de él en el sillón, un ejemplar típico que había traído consigo,

con la forma de una mujer joven, flaca y ondulante como una flama, de cara pálida y expresión apasionada, juvenil, pero tan destruida por el pecado y el sufrimiento, que en ella podían advertirse los años tremendos que le habían dejado su rastro leproso.

—Ella es la señorita Kitty Winter —señaló Shinwell Johnson, haciendo un vaivén con su fuerte mano, como forma de presentación—. Aquello que ella no sepa...; bueno, ella misma lo dirá. Menos de una hora después de que me llegó su mensaje la hallé, señor Holmes.

—Es sencillo encontrarme —adujo la muchacha—. En el infierno, en Londres, siempre ando por ahí. Igual que “Porky” Shinwell. Somos viejos conocidos, Porky, tú y yo. Pero le aseguro por mi vida que existe otra persona que, si hubiese por lo menos algo de justicia en el mundo, tendría que estar en un infierno incluso más hondo que el nuestro. Es el sujeto detrás del que usted anda, señor Holmes.

A Holmes se le dibujó una sonrisa, y dijo:

—Señorita Winter, creo que tenemos su simpatía.

—Si yo puedo colaborar para que ese individuo termine donde debe estar, cuenten conmigo hasta el último aliento —aseguró nuestra visitante con rabioso brío.

Su rostro, pálido y decidido, y su mirada encendida demostraban una inquina tan extrema como en escasas

oportunidades una mujer y nunca un hombre son capaces de alcanzar.

—Señor Holmes, no es necesario que rebusque usted en mi pasado. No es ni de aquí ni de allá. Soy lo que Adelbert Gruner forjó de mí. ¡Si yo misma pudiese tirarlo al abismo! —sus manos, como si fuesen garras, se agarraron con furia al aire—. ¡Oh, si pudiese llevarlo al pozo adonde él arrastró a tantas!

—¿Está al tanto del tema?

—Shinwell me lo refirió. Por lo que se ve, en esta oportunidad está detrás de una pobre idiota y pretende desposarla. Usted quiere evitarlo. Bueno, pero seguramente usted sabe lo suficiente sobre ese sinvergüenza como para evitar que cualquier muchacha decente y que esté en su sano juicio se inscriba en la misma iglesia que él.

—Pero ella no está en su sano juicio, sino perdidamente enamorada. Se le dijo acerca de él todo lo que había que decir, y no le da importancia.

—¿También lo del homicidio?

—Sí.

—Bueno, ¿tiene que ser una joven de mucho coraje!

—Aduce que todo cuanto le dicen son difamaciones.

—Pero ¿usted no tiene la posibilidad de poner ante su estúpida vista las pruebas?

—Bien, ¿puede usted colaborar con nosotros en ese trabajo?

—¿Acaso yo misma no constituyo una prueba? Solo con que me presenten ante ella y yo le diga de qué forma me trató...

—¿Está dispuesta a eso?

—¿Que si estoy dispuesta? ¡Cómo imagina que no lo haría!

—Tal vez podríamos intentarlo. Pero ese sujeto le refirió buena parte de sus faltas y ella lo perdonó; según sé, no quiere discutir de nuevo sobre el tema.

—Me juego cualquier cosa a que él no le contó todo. Además de ese homicidio, del que tanto se habló, yo entreví uno o dos más. En más de una oportunidad se refirió a alguien, con sus formas suaves; luego me miró fijo y me dijo: “Después de un mes de eso, falleció”. La cosa no era como para estarse tranquila, pero no le di demasiada importancia, porque en ese momento yo estaba enamorada de él. Yo creía que todo cuanto él hacía estaba bien, igual que ahora lo cree esa pobre estúpida. Solo algo me provocó una gran conmoción y, juro por mi vida, que de no ser por esa lengua malsana y mentirosa que sabe hallar una explicación para todo y que todo lo atenúa, yo me habría ido esa noche misma. Hablo de un libro que él posee. Un libro de tapas de cuero castaño, con cierre y con

su escudo grabado en oro en la parte exterior. Me parece que esa noche estaba un tanto bebido o, de lo contrario, no me lo habría mostrado.

—¿Y qué libro era?

—Vea, señor Holmes, ese sujeto colecciona mujeres y está muy orgulloso de esa colección, igual que otros hombres coleccionan polillas y mariposas. En ese libro estaba el registro de todo: fotografías instantáneas, nombres, pormenores, todos los datos sobre esas mujeres. Era un texto asqueroso; un libro que ningún hombre, aunque proviniera del arroyo, habría podido escribir. No obstante, era el libro de Adelbert Gruner. *Almas que he arruinado*: ese es el título que habría podido escribir en la tapa, si se le hubiera ocurrido. Pero con eso no vamos a ningún lado, porque ese libro a usted no le será útil en absoluto y, si le fuese útil, no podría encontrarlo.

—¿Dónde se encuentra ese libro?

—¿Cómo podría decirle dónde se encuentra ahora? Hace ya más de un año que me alejé de ese hombre. Sé dónde lo tenía entonces. En muchos sentidos, Gruner es un gato pulcro y metódico, así que tal vez continúe guardado en uno de los compartimentos del antiguo escritorio de su despacho interior. ¿Conoce usted la casa donde vive el barón?

—Estuve en su despacho —respondió Holmes.

—¿De verdad? Pues, en serio, usted anduvo mucho para haber comenzado su tarea esta mañana. El despacho exterior es donde tiene en exhibición las porcelanas de China; allí, en medio de las ventanas, hay un armario de cristal de gran tamaño. Detrás de su mesa se encuentra la puerta a través de la que se llega al despacho interior, una pequeña habitación donde deposita documentos y demás.

—¿No tiene miedo de los ladrones?

—Adelbert no es un hombre cobarde. Ni su más acérrimo enemigo podría decir semejante cosa de él. Sabe cómo cuidarse. A la noche se conecta un timbre de alarma contra ladrones. Aparte, ¿qué hay en ese sitio que pueda suscitar el interés de un ladrón, como no sean todos sus trastos de fantasía?

—Eso no sirve de nada. Ningún reducidor acepta objetos que no pueda fundir o vender —dijo Shinwell Johnson, con el tono asertivo de un experto en el tema.

—Efectivamente —coincidió Holmes—. Bien, señorita Winter, si usted pudiera venir aquí mañana a la tarde, a las cinco, pensaré, hasta ese momento, si existe la posibilidad de concertar un encuentro personal entre usted y la otra muchacha. Le estoy sumamente agradecido por su ayuda. No preciso decirle que mis clientes serán espléndidos en...

—Ni lo mencione, señor Holmes —protestó la muchacha—. Yo no vine a obtener dinero. Con ver a ese hombre

en el fango, me sentiré retribuida por mi trabajo... En el fango, en tanto yo le aplasto su maldito rostro. Esa será mi paga. Me encontraré a su disposición mañana u otro día cualquiera, en tanto usted lo persigue. Aquí, Porky lo tendrá siempre al tanto de dónde puede hallarme.

No volví a ver a Holmes nuevamente hasta la noche siguiente, en que cenamos una vez más en nuestro restaurante del Strand. Cuando inquirí cómo le había ido en su encuentro, levantó los hombros. A continuación, me lo narró; yo repetiré su narración más adelante, como después se habrá de ver, porque su informe, puro y duro, precisa una leve manipulación para atenuarlo y darle vida real.

—No tuve ningún problema en establecer el encuentro, porque la joven está dando pruebas de una mezquina sumisión filial en todo lo que sea de poca importancia, para que, de esa manera, se la perdone por su evidente desobediencia en lo que se refiere a su compromiso marital. El general me telefoneó para decirme que todo estaba preparado, y la exaltada señorita Winter fue puntual, así que, a las cinco y media, un carruaje nos depositó frente al número 104 de la plaza de Berkeley, donde vive el veterano soldado, en uno de esos palacios londinenses horriblemente grises, ante los cuales las iglesias semejan edificios plenos de frivolidad. Un criado nos hizo pasar a una gran sala con cortinados amarillos, y allí nos

aguardaba la muchacha, seria, pálida, circunspecta; tan severa y distante como una figura de nieve en la cima de una montaña.

"Yo no encuentro, en verdad, los términos para describírsela, Watson. Tal vez usted tenga oportunidad de conocerla antes de que concluyamos con este caso, y entonces podrá usar su propio acopio de ideas. Es bella, pero con la belleza sutil de un trasmundo, propia de una fanática que tiene su pensamiento en las alturas. He visto rostros como ese en los cuadros de los antiguos pintores de la Edad Media. No alcanzo a entender cómo un hombre cruel ha podido colocar sus garras repulsivas en un ser como ese.

"Tal vez haya notado ya que los extremos se sienten atraídos, lo espiritual atrae lo animal, el cavernícola atrae al ángel. Pero nunca puede haber visto usted un contraste más terrible que este... Ella tenía conciencia de para qué íbamos, como es obvio; porque aquel sinvergüenza no había dejado pasar el tiempo para ir a emponzoñar su alma en contra nuestra. Pienso que sí, que le sorprendió bastante la presencia de la señorita Winter, pero con un gesto de la mano, nos solicitó que nos sentáramos en nuestros asientos correspondientes, como lo habría hecho una reverenda madre abadesa al recibir la visita de dos pordioseros bastante magullados.

”Estimado Watson, si su mente se siente proclive a la irritación, tome lecciones con Violeta de Merville. “Bueno, caballero —me dijo con una voz que semejaba el viento que sopla desde un témpano de hielo—; lo conozco bastante de nombre. Según pienso, vino usted a verme para injuriar a mi prometido, el barón Gruner. Lo recibí a usted solo por deseo explícito de mi padre y le señalo, por anticipado, que nada de lo que me diga va a tener la más leve injerencia sobre mi voluntad”. Le tuve piedad, Watson. En ese instante pensé en ella como hubiera pensado en una hija.

”Pocas veces soy elocuente. Yo guío mi mente, no mi corazón. Pero sinceramente utilicé con ella las palabras más tiernas que pude hallar en mi forma de ser. Le expliqué la horrible situación de la mujer que se despierta, para conocer el auténtico rostro de un hombre, luego de haberse casado con él; la de una mujer que debe aceptar ser acariciada por manos manchadas con sangre y labios de sanguijuela. No olvidé nada de la ignominia, del espanto, de la desazón, de lo definitivo que era todo eso.

”Mis perturbadoras palabras no lograron teñir ni con una sola pincelada de color sus mejillas de marfil, ni hacer que en su mirada abstraída resplandeciera un solo brillo de alteración. Me acordé de lo que aquel sinvergüenza me había mencionado sobre la influencia poshipnótica.

Se hubiera afirmado que la joven vivía por arriba de lo terrenal, en un sueño de enajenación.

”“Señor Holmes —me dijo—, lo escuché pacientemente. El resultado que produjo en mi voluntad es precisamente el que yo le predije. Estoy al tanto de que Adelbert, mi prometido, tuvo una vida turbulenta y que, en el curso de ella, provocó profundos odios y fue víctima de los más infundados embates. Usted es la última persona de una serie que contó ante mí sus ignominias. Tal vez su propósito sea bueno, aunque tengo constancia de que usted es una persona a sueldo, que obraría igual a favor que en contra del barón. De todas maneras, deseo que sepa de una vez y definitivamente que yo lo amo y que él me ama, y que lo que piense el mundo entero no es, para mí, de mayor importancia que los gorjeos de esos pájaros que hay afuera de mi ventana. Si su insigne alma tuvo en algún momento una caída, tal vez yo me encuentre especialmente destinada a alzarla hasta su elevado y genuino nivel”. De repente, dirigió la mirada a mi acompañante y dijo: “No imagino quién puede ser esta muchacha”.

”Estaba yo a punto de contestarle, cuando la joven explotó como un torbellino. Si en alguna oportunidad el fuego y el hielo se vieron cara a cara fue cuando esas dos mujeres se miraron de ese modo. “Yo le diré quién soy —gritó la señorita Winter, levantándose de su asiento de

un salto, con los labios deformados por la cólera—. Soy la última de sus amantes. Soy una de entre el centenar de mujeres que él tentó, de las que él gozó, a las que él arruinó y tiró después a la basura, como lo va a hacer con usted, aunque el cúmulo de basura donde usted terminará será posiblemente la tumba, y en eso usted será más afortunada. Le digo, tonta mujer, que unirse en matrimonio con ese hombre para usted es igual a la muerte. Le destrozará el corazón o le retorcerá el pescuezo, pero, de una forma o de otra, la asesinará. No se lo digo por amor a usted. Me importa nada que usted viva o muera. Lo digo por odio a él, para maldecirlo, para que padezca lo que él me hizo padecer a mí; pero me da lo mismo, mi elegante muchacha, y no me mire de esa forma, porque cuando él termine con usted, tal vez haya caído aún más bajo que yo”.

”“Preferiría no hacer referencia a estas cuestiones —señaló fríamente la señorita de Merville—. Déjeme decirle que estoy al tanto de tres incidentes de la vida de mi novio, en los que se vio alcanzado por las redes de mujeres intrigantes; tengo la certeza de que está honestamente arrepentido de todo el mal que él haya podido causar”. “¡Tres incidentes! —exclamó mi acompañante—. ¡Tonta! ¡Tonta de remate!”.

”“Señor Holmes, le ruego que terminemos esta entrevista —solicitó la voz de hielo—. Cumplí con la voluntad

de mi padre al aceptar encontrarme con usted, pero no me considero en la obligación de oír los desvaríos de esta cualquiera”. La señorita Winter se arrojó contra ella, en medio de insultos, y si yo no la hubiese tomado de la muñeca, habría asido del cuello a esa mujer capaz de sacar de sí a cualquiera. Casi arrastré a la señorita Winter hasta la puerta, y tuve la fortuna de volver a subirla al coche sin hacer un escándalo público, porque se hallaba fuera de quicio a causa de la ira. Yo mismo, dentro de mi desapego, me sentía furiosísimo, porque la omnipotencia y la suma condescendencia consigo misma de la mujer a la que tratábamos de salvar tenían algo tácitamente intolerable.

”Ya conoce usted, entonces, cuál es nuevamente la circunstancia y se hace obvio que preciso armar otra jugada de salida, porque esta ya no es útil. Estaré en contacto con usted, Watson, porque probablemente tenga que representar un rol en la obra, aunque también es una posibilidad que la próxima jugada la realicen ellos antes que nosotros.

Y la realizaron. Dieron el golpe, o más bien, lo dio, porque nunca pude creer que la joven fuese cómplice. Pienso que todavía hoy podría marcar la baldosa de la acera en la que yo estaba parado cuando mi mirada se posó en el cartel de anuncios, con una espantosa sensación de consternación que atravesó mi alma.

Fue entre el Gran Hotel y la estación de Charing Cross donde un vendedor de diarios, que había perdido una pierna, tenía exhibidos los periódicos vespertinos. Habían transcurrido, precisamente, dos días luego de nuestra última charla. Pienso que me quedé unos instantes como aturdido por un golpe.

Tengo después un vago recuerdo: que tomé bruscamente un diario, que el vendedor me increpó porque no lo había abonado y, finalmente, que me paré en la puerta de una farmacia, en tanto encontraba la infausta gaceta. La espantosa página de las noticias rezaba, en letras negras sobre un fondo amarillo:

MORTAL AGRESIÓN CONTRA SHERLOCK HOLMES

Tomamos conocimiento, con consternación, de que el famosísimo detective privado, el señor Sherlock Holmes, fue víctima esta mañana de una mortífera agresión que lo ha dejado en estado grave. No se saben los pormenores precisos sobre lo acontecido, pero tuvo que suceder en la calle Regent, alrededor de la medianoche, frente al café Royal.

El ataque fue perpetrado por dos hombres que iban armados con bastones, y el señor Holmes recibió golpes

en la cabeza y en el cuerpo, por lo que se le produjeron heridas que los médicos consideran muy graves. Lo trasladaron al hospital de Charing Cross, y luego solicitó que lo condujesen a sus habitaciones de Baker Street. Al parecer, los criminales que lo atacaron eran hombres bien vestidos, que huyeron de las personas que vieron el hecho, entrando por el café Royal y saliendo, por la parte de atrás, a la calle Glasshouse. Son parte, sin ninguna duda, del grupo de criminales que tan a menudo debió padecer la actividad y la destreza del agredido.

Huelga decir que, casi sin terminar de leer la noticia, me subí a un coche y fui disparado a Baker Street. En el vestíbulo encontré al famoso cirujano, sir Leslie Oakshott, cuyo coche aguardaba junto a la acera.

—No hay peligro de momento —informó—. Dos heridas con desgarro en el cuero cabelludo y varios golpes de importancia. Fue necesario darle varios puntos de sutura. Le inyecté morfina y es fundamental la tranquilidad, aunque no tiene prohibida una visita de unos minutos.

Con dicha autorización entré en silencio en la habitación, que se encontraba en penumbras. El paciente se hallaba totalmente despierto, y escuché que me llamaba con un bronco murmullo. La cortina, a pesar de que se hallaba a una cuarta parte de la altura de la ventana, permitía

que pasara de soslayo un haz de luz que se proyectaba sobre la cabeza vendada del enfermo. La blanca venda de hilo estaba humedecida de sangre y tenía una mancha purpúrea. Me senté al lado de la cama e incliné mi cabeza.

—Muy bien, Watson. No ponga esa expresión de susto —susurró con voz frágil—. La situación no es tan mala como parece.

—¡Por suerte!

—Yo sé un poco de la lucha con bastón, como usted recordará, y la mayor parte de los bastonazos fueron sobre mis brazos en posición de guardia. Con el que no pude fue con el segundo enemigo.

—¿Qué es lo que puedo hacer, Holmes? No hay duda de que fueron mandados por ese endemoniado sujeto. Iré a verlo y le sacaré el pellejo a latigazos, si usted me lo indica.

—¡Mi buen y estimado Watson! No, en tanto la policía no detenga a esos hombres, no estamos en condiciones de hacer nada. Tenían bien urdida su retirada. De eso podemos tener certeza. Espere un tiempo. He hecho mis planes. Lo primero que necesitamos hacer es dramatizar mis heridas. Le pedirán noticias. Dramatice con convicción, Watson. Habré de tener mucha suerte si llego vivo hasta el final de la semana; rotura de cráneo, delirio, lo que le plazca. Nunca dramatizará demasiado.

—Pero ¿y sir Leslie Oakshott?

—No dirá palabra. Se fijará en lo peor de mi estado. Ya me ocuparé yo de ello.

—¿Ninguna otra cosa?

—Sí. Dígale a Shinwell Johnson que quite de circulación a la joven. Esos elegantes la estarán buscando. Como es evidente, están al tanto de que fue conmigo. Si osaron atacarme a mí, es posible que ella no se les olvide. Es algo de urgencia. Hágalo esta noche misma.

—Iré de inmediato. ¿Otra cosa?

—Ponga sobre la mesa mi pipa y la bolsa del tabaco, ¡perfecto! Pase por aquí todas las mañanas y estableceremos nuestro plan de campaña.

Me junté con Johnson esa misma noche y convine que trasladase a la señorita Winter a un barrio tranquilo; le indiqué que tuviese prudencia y que ella se mantuviera escondida hasta que el peligro pasara.

Por seis días, el público supuso que Holmes se hallaba a las puertas de la muerte. Los partes eran sumamente graves y en los diarios se publicaban gacetillas funestas. Mis permanentes visitas me daban la certeza de que la situación no revestía tanta seriedad.

Su fuerte constitución y su voluntad decidida hacían milagros. Se recuperaba con rapidez y, a veces, yo incluso sospechaba que se recuperaba todavía con más velocidad

de lo que quería hacerme pensar. Había, en ese hombre, una llamativa inclinación al secreto que acostumbraba provocar muchos resultados dramáticos, pero que hacía, inclusive a su amigo más cercano, pensar cuáles serían sus auténticos planes.

Holmes llevaba hasta el límite último el apotegma de que el único conjurado que está a salvo es el que lleva él solo una conjura. Yo me hallaba más cercano a él que nadie y, no obstante, tenía, constantemente, la impresión de encontrarme ante una grieta que nos distanciaba.

Al séptimo día le sacaron los puntos de sutura, a pesar de lo cual los diarios nocturnos hablaban de erisipela. Esos mismos periódicos presentaban otra noticia que yo debía hacer saber a mi amigo, sano o enfermo.

En el listado de pasajeros del barco de la Cunard, el *Ruritania*, que zarpaba el viernes de Liverpool, se encontraba el barón Adelbert Gruner, que debía negociar, en Estados Unidos, transacciones financieras de relevancia antes de su inminente casamiento con la señorita Violeta de Merville, única hija de, etcétera, etcétera.

Holmes oyó la noticia con un gesto frío y concentrado en su pálido rostro. Entendí que estaba hondamente afectado.

—¡El viernes! —señaló—. ¡Únicamente tenemos tres días! Yo pienso que el muy sinvergüenza pretende

escaparse del peligro. ¡Pero no lo logrará, Watson! ¡Por todos los demonios, no lo logrará! Watson, deseo que usted haga algo; ahora le diré.

—Estoy aquí para ser útil, Holmes.

—Las próximas veinticuatro horas dedíquelas usted a realizar un estudio intensivo de las porcelanas de China.

No me hizo ninguna aclaración, ni yo se la solicité. Una vasta experiencia me había aleccionado respecto de la sabiduría de la obediencia. Pero cuando dejé su habitación fui caminando por Baker Street, reflexionando sobre de qué manera me las iba a arreglar para llevar a cabo aquel pedido tan exótico. Concluí haciéndome conducir en coche hasta la Biblioteca de Londres, en la plaza Saint James; consulté el tema con el segundo bibliotecario, Lomax, uno de mis amigos, y me fui de allí hacia mis habitaciones con un enorme libro debajo del brazo.

Se suele afirmar que el abogado criminalista que prepara un caso, atestándose de datos para realizar el lunes el interrogatorio de un hábil testigo, antes del sábado olvida totalmente todos aquellos conocimientos forzados. Por supuesto, yo no intento decir que soy una autoridad en asuntos de porcelana. No obstante, durante toda esa tarde y esa noche, con una breve pausa para descansar, y toda la mañana siguiente me pasé aprendiendo datos y llenando mi memoria de nombres.

En ese libro, supe de los contrastes que existen entre los grandes artistas decoradores, del enigma de las fechas cíclicas, de las especificidades del período Hung-wu y de las bellezas del Yung-lo, de los escritos de Tang-ying y de las fastuosidades del primitivo período del Sung y del Yuan. Cuando fui a ver a Holmes a la mañana siguiente, ya cargaba con todos esos conocimientos.

Ya se había levantado de la cama, a pesar de que nadie lo habría dicho, según los partes médicos que se publicaban, y estaba sumergido en su sillón preferido, con la cabeza repleta de vendajes apoyada en la mano.

—Pero, Holmes, si uno creyese en los diarios, supondría que usted agoniza.

—Esa es justamente la impresión que quiero provocar. Y ahora cuénteme, Watson: ¿aprendió usted las lecciones?

—Al menos hice el intento.

—Entonces, alcánceme esa pequeña caja que está sobre el estante de la chimenea.

Alzó la tapa y extrajo de adentro un objeto pequeño, envuelto cuidadosamente en una finísima seda oriental. Lo desenvolvió y dejó a la vista un fino plato del más hermoso color azul oscuro.

—Es necesario manipularlo con extremo cuidado, Watson. Es una auténtica porcelana cáscara de huevo, perteneciente a la dinastía Ming. Es la pieza más exquisita

que pasó por la casa Christie's. Un juego completo tendría el valor como para abonar el rescate de un rey; para ser sinceros, sería dudoso que existiera un solo juego completo fuera del palacio imperial de Pekín. Un auténtico experto se pondría fuera de sí al ver este plato.

—¿Y qué voy a hacer con él?

Holmes me dio una tarjeta en la que se hallaban escritas estas palabras:

Dr. Hill Barton, 369 Half Moon Street

—Este será su nombre por esta noche, Watson. Irá a ver al barón Gruner. Estoy bastante al tanto de sus hábitos y es posible que a las ocho y media esté desocupado. Le notificará por anticipado, mediante una carta, que pasará a verlo y le informará que le lleva una pieza de un juego completamente exclusivo de porcelana Ming. Puede hasta afirmar que es médico, porque ese es un rol que usted representa sin fingimiento. Usted es un coleccionista, el juego en cuestión llegó a sus manos, escuchó sobre el interés del barón en ese tema y no tendría problema alguno en vendérselo, si acuerdan el precio.

—¿Qué precio?

—Buena pregunta, Watson. Con certeza, si usted desconoce el valor de lo que vende, podría estar muy por

debajo en la demanda. Fue sir James el que me dio este pequeño plato que proviene, según pienso, de la colección de su cliente. Si usted le afirma que es dificultoso hallar otra pieza igual en el mundo no estará exagerando.

—Quizás sería conveniente ofrecerle someter la pieza a la tasación de un perito.

—¡Perfecto, Watson! Hoy tiene usted auténticos destellos. Indíqueme Christie's o Sotheby's. Su escrúpulo le impide imponer usted mismo un precio.

—¿Y si no quiere recibirme?

—Desde luego que lo recibirá. Posee una manía coleccionista en su fase más aguda, y particularmente en porcelanas, tema en el que es reconocido como autoridad. Tome asiento, Watson, que le dictaré yo mismo la misiva. No precisa respuesta. Simplemente le informará que va a hacerle una visita y con qué objeto.

El documento salió perfecto: conciso, amable y tentador para la curiosidad del experto. En un momento, lo llevó un mensajero de distrito. Esa misma noche, con el hermoso plato en la mano y la tarjeta del doctor Hill Barton en el bolsillo, di comienzo a mi aventura.

La fastuosidad de la construcción y del parque dejaba ver, como sir James había sostenido, que el barón Gruner era un hombre de considerable riqueza. Una extensa y sinuosa avenida de carruajes, bordeada a ambos lados

por arbustos exóticos, terminaba en una amplia plaza de gravilla engalanada con esculturas. La finca había sido erigida por un rey del oro de Sudáfrica, en el tiempo del auge febril de las minas, y la construcción, larga y de escasa altura, con pequeñas torres en las esquinas, sobresalía por su tamaño y por su fortaleza, aunque fuese un delirio arquitectónico.

Un mayordomo, que habría sido un ornamento en un tribunal de obispos, me indicó que entrara y me colocó en manos de un lacayo, que me guio ante el barón. Se encontraba de pie delante de una enorme vitrina, cuya parte frontal se hallaba abierta, entre dos ventanas, y que tenía una parte de su colección de porcelanas chinas. Cuando ingresé se dio vuelta con un pequeño jarrón de tono castaño en la mano.

—Por favor, tome asiento, doctor —me solicitó—. Estaba realizando un inventario de mis piezas y me preguntaba si en verdad puedo permitirme agregar otros ejemplares. Tal vez esté interesado en este pequeño Tang, del siglo xvii. Tengo la certeza de que usted nunca ha visto un trabajo de mayor nobleza, ni un esmalte más rico. ¿Trae consigo el plato Ming al que hizo referencia?

Le saqué la envoltura con sumo cuidado y se lo di. Se sentó en su escritorio, aproximó la lámpara, porque ya oscurecía, y comenzó a estudiarlo. En esa actitud, la luz

dorada le daba sobre sus facciones, y pude examinarlas a gusto.

Sin duda, era un individuo de extrema belleza. Su popularidad en Europa parecía bien merecida. Aunque tenía una estatura mediana, poseía esbeltez y estaba repleto de vitalidad. Su tez era morena, casi oriental, y sus ojos, negros, indolentes, muy bien podían producir una fascinación irresistible sobre las mujeres. Su cabello y su bigote eran del color negro del cuervo, y este último era corto, en punta y bien acicalado.

Sus facciones eran proporcionadas y atractivas, con excepción de su boca, de labios rectos y finos. Si alguna vez vi una boca de homicida fue, sin ninguna duda, aquella; un tajo en el rostro, feroz, duro, con bordes apretados, inapelable y terrorífico. Era una equivocación evitar que el bigote la disimulase, cubriéndola, porque era un signo de peligro colocado por la naturaleza como aviso para sus víctimas. Su voz era atractiva y sus maneras, inigualables. Conjeturé que tendría algo más de treinta años, más allá de que después se constató, por sus documentos, que tenía cuarenta y dos.

—¡Maravilloso, en verdad! ¡Maravilloso! —dijo finalmente—. Así que usted tiene un juego de seis servicios. Lo que me llama la atención es no haber escuchado hablar, hasta el momento, de la existencia de tan grandiosas

piezas. Sé de un solo juego en Inglaterra que pueda estar a la par de este, pero no hay ninguna chance de que salga a la venta. ¿Sería demasiado impertinente, doctor Hill Barton, si le pregunto cómo consiguió tener en su poder este original e inestimable ejemplar?

—¿Eso es importante? —le repregunté, con el aire más despreocupado que pude simular—. Usted constató que es una pieza genuina y, en lo que se refiere al precio, me contento con que la tase un perito.

—Es muy enigmático —señaló, y en sus negros ojos fulguró un repentino recelo—. En una operación con mercancías tan valiosas, es normal que uno quiera estar informado de todos los pormenores. No existen dudas de que es una pieza auténtica. Sobre esa cuestión poseo absoluta certeza. Pero no puedo sino prever todas las contingencias: ¿y si después sucede que usted no tenía derecho a vender el juego?

—Estoy en condiciones de otorgarle una garantía contra cualquier demanda de esa índole.

—Lo que nos conduce a plantear el tema del valor real de esa garantía.

—Acerca de eso, le responderían mis banqueros.

—Desde luego, sin embargo este negocio me parece fuera de lo corriente.

—Puede tomarlo o dejarlo —afirmé indiferente—. Es usted la primera persona a la que se lo ofrezco, porque

estoy al tanto de que es un experto en la materia; pero no hallaré ningún problema en vendérselo a alguien más.

—¿Quién le dijo que yo era un experto?

—Supe que había escrito un libro sobre el tema.

—¿Leyó ese libro?

—No.

—¡Por Dios, esto cada vez se me hace más difícil de comprender! Usted, un entendido y un coleccionista que posee un ejemplar de sumo valor y, no obstante, no se preocupa por leer el único texto que podía haberle informado acerca del auténtico alcance y el valor de lo que poseía en las manos. ¿Cómo puede explicarme eso?

—Soy una persona muy ocupada. Ejercicio la medicina habitualmente.

—Esa no es una respuesta adecuada. Cuando una persona tiene una inclinación la continúa hasta el fin, sean cuales fueren sus otras actividades. En su misiva, me informaba que usted es un experto en la materia.

—Y lo soy.

—¿Podría hacerle algunas preguntas? Doctor, no puedo sino expresarle que este suceso me resulta cada vez más llamativo. Digo doctor en caso de que efectivamente usted lo sea. Dígame, ¿qué conoce usted acerca del emperador Shormi y de qué forma lo vincula con el Shoso-in, cerca de Nara? ¡Qué!, ¿lo perturba? Dígame algo sobre la

dinastía nortea de Wei y del lugar que tiene en la historia de la porcelana.

Me levanté rápidamente de mi asiento, fingiendo disgusto:

—Esto es inconcebible, señor. He venido con la intención de hacerle a usted un favor, y no para que me tome examen, como si yo fuera un alumno de escuela. Tal vez mis conocimientos sobre el tema solo se vean menoscabados ante los suyos, pero, por supuesto, no voy a responder preguntas que se me formulan de manera tan ofensiva.

Fijó sus ojos en mí. Se había esfumado de su mirada la indolencia. Brillaron repentinamente. Entre sus labios perversos había un resplandor de dientes.

—¿Cuál es su juego? Usted ingresó aquí como un espía. Usted es un enviado de Holmes. Es una treta que me están haciendo. Según sé, ese hombre está agonizando, y por ese motivo, indudablemente, envía emisarios para que me acechen. Por Dios, usted llegó hasta aquí sin autorización, pero le será más dificultoso irse.

Se levantó de un salto y yo me fui para atrás, dispuesto a hacer frente a su ataque, porque el sujeto se hallaba fuera de sí por la rabia.

Tal vez había desconfiado de mí desde el primer momento; por supuesto, la interpelación le había hecho ver la

realidad; era obvio que yo no podía pretender engañarlo. Metió la mano en un cajón de costado y rebuscó frenéticamente dentro. Pero, de repente, algo llegó a sus oídos, porque se quedó quieto, mientras oía con atención.

—¡Ah! —gritó—. ¡Ah! —y se abalanzó dentro de la habitación, cuya puerta estaba a sus espaldas.

En dos zancadas llegué hasta la puerta abierta. Nunca se irá de mi recuerdo la escena que vi allí. La ventana a través de la que se salía al jardín se hallaba totalmente abierta. Al lado de ella, como si fuese un espantoso fantasma, con la cabeza ceñida de vendajes manchados de sangre, el rostro afilado y pálido, se hallaba Sherlock Holmes. Un momento más tarde se había esfumado por aquella abertura, y llegó hasta mis oídos el crujido de las matas de laurel al caer sobre ellas su cuerpo.

El propietario de la casa lanzó un alarido de furia y se apresuró hacia la ventana abierta para ir tras él. ¡Y en ese segundo...! Porque fue en un segundo, sí, pero yo lo advertí con total claridad. Un brazo, un brazo de mujer emergió con violencia de entre las hojas. Casi en el mismo instante el barón emitió un grito horrendo; un chillido que siempre resonará en mi mente.

Se llevó con energía las dos manos al rostro y comenzó a correr por el cuarto, dándose la cabeza contra las paredes. Después, se tumbó sobre la alfombra, rodando sobre

sí y arqueándose, en tanto sus chillidos, sin interrupción, inundaban toda la casa.

—¡Agua, por Dios, agua! —se quejaba.

Agarré un botellón que estaba sobre una mesa de costado y corrí para ayudarlo. En ese mismo momento, vinieron apurados, del vestíbulo, el mayordomo y algunos lacayos. Me acuerdo de que uno se desvaneció al inclinarse junto al herido y poner bajo la luz de la lámpara esas facciones que provocaban horror.

El vitriolo¹ iba destruyéndolo por todas partes, y go-teaba desde las orejas y la barbilla. Uno de sus ojos ya se había vuelto blanco, como si fuese de cristal. El otro se encontraba rojo e hinchado.

El rostro que unos minutos antes me había despertado admiración, era como un hermosísimo cuadro sobre cuya extensión hubiese pasado el pintor una esponja mojada y llena de desechos.

1. Los antiguos químicos y alquimistas denominaban vitriolos a los sulfatos cristalinos metálicos, que son producidos a partir de la combinación de elementos metálicos con azufre. Cuando se los disolvía y se los cristalizaba nuevamente, se obtenían cristales de apariencia vítrea. El más conocido, y al que suele hacer referencia el término *vitriolo* (incluso todavía hoy se emplea en algunos recetarios industriales) es el ácido sulfúrico, especialmente en su versión deshidratada. (N. del E.).

Sus facciones se habían borroneado, deshumanizado, decolorado, se habían vuelto horrendas.

En breves palabras, expliqué lo que había sucedido, solo en lo que se refería a la agresión con vitriolo. Unos saltaron a través de la ventana y otros fueron corriendo por la pradera, pero ya estaba oscuro y comenzaba a llover. Entre chillido y chillido, la víctima se encolerizaba con la justiciera, gritando:

—Fue Kitty Winter, esa mujer del diablo. ¡Demonio de mujer! ¡Lo habrá de pagar, lo habrá de pagar! ¡Dios mío, este dolor es mayor que mis fuerzas!

Le unté el rostro con aceite, coloqué algodón en rama en las partes en carne viva y le apliqué una inyección de morfina por vía hipodérmica. La terrorífica expresión había diluido de su cabeza toda desconfianza respecto de mí; se agarraba a mis manos como si, incluso en esa circunstancia, yo tuviese la capacidad de curar esos ojos de pez muerto que se daban vuelta y pretendían mirarme.

Aquella ruina me habría hecho prorrumpir en lágrimas, si yo no hubiese recordado tan vívidamente la vida de vergüenza que había conllevado, como resultado, una transformación tan espantosa. Me causaba repulsión el apretón de sus manos abrasadoras, y me sentí aliviado cuando su médico de cabecera, seguido raudamente por un especialista, llegaron para reemplazarme. Asimismo,

se presentó un inspector de policía, al que yo le di mi verdadera tarjeta.

Habría sido tan infructuoso como desatinado hacerlo de otra manera, porque en Scotland Yard yo era conocido, casi tanto como Holmes. Después me fui de esa casa, llena de desconsuelo y de espanto. En menos de una hora estaba en Baker Street.

Holmes se hallaba en su sillón habitual; se veía sumamente pálido y agotado. Más allá de sus heridas, hasta sus nervios de acero habían sido conmovidos por los sucesos de esa velada. Escuchó con horror mi narración de la metamorfosis padecida por el barón.

—¡De esa manera paga el demonio, Watson, de esa manera paga el demonio! —aseveró—. Tarde o temprano, siempre sucede lo mismo. Muy bien sabe Dios que sus pecados eran muchísimos —adujo, tomando de la mesa un volumen de color castaño—. Este es el libro al que se refirió aquella dama. Si esto no logra desbaratar el casamiento, nada podrá conseguirlo. Pero lo desbaratará, Watson. No existe alternativa. Ninguna mujer que se respete a sí misma podría mostrarse indiferente.

—¿Es el diario de sus amores?

—O el diario de sus lujurias. Denomínelo como mejor le plazca. No bien esa mujer nos refirió sobre este libro, supe que disponíamos de un arma poderosa, si era capaz

de obtenerlo. Entonces no mencioné nada que dejara ver mis propósitos, porque la mujer hubiese podido hablar de más. Pero reflexioné mucho sobre ese libro. Luego, el ataque del que fui objeto me brindó la ocasión de hacerle pensar al barón que no precisaba ya tomar prevenciones en mi contra. Todo iba bien.

”Tal vez, yo hubiese aguardado algo más, pero su cercano viaje a Estados Unidos me obligó a hacerlo de inmediato. Ese hombre no iba a dejar aquí un testimonio que lo comprometiera tanto. Debíamos realizar la misión de inmediato. Tregar de noche la casa se hacía imposible, porque ese sujeto tomaba prevenciones, pero cabía una posibilidad de realizarlo durante la velada, si yo lograba desviar su atención hacia otro sitio. Allí ingresaron a escena usted y su plato azul. Pero debía saber con certeza el lugar en el que se hallaba el libro; solo tenía unos pocos minutos para actuar, porque mi tiempo estaba restringido por sus conocimientos sobre cerámica china.

”Atento a esto, en el último momento, permití que la joven fuera conmigo. ¿Cómo iba a imaginar lo que llevaba en el pequeño paquete tan cuidadosamente oculto bajo su capa? Yo pensaba que había ido a trabajar solo por mi cuenta, pero, como se ve, ella también tenía su propósito.

—Ese hombre advirtió que yo era un emisario suyo.

—Lo temía. Pero a decir verdad, usted lo entretuvo lo suficiente como para que yo tomase el libro, pero no lo bastante para que escapara sin que nadie lo notara... ¡Hola, sir James, me pone muy contento que haya venido usted!

Nuestro amable amigo había llegado en respuesta a una llamada previa. Oyó con la más honda atención lo ocurrido de boca de Holmes.

—¡Es magnífico lo que hizo, magnífico! —dijo al final—. Pero si esas heridas revisten tanta gravedad, como afirma el doctor Watson, habremos obtenido nuestro propósito: deshacer ese casamiento sin necesidad de emplear ese espantoso libro.

Holmes negó con la cabeza.

—Las damas del estilo de la señorita De Merville no obran de esa manera. Lo amaría aún más si lo reputara como un mártir deformado. No, no. Lo que debemos demoler es su aspecto moral, no su aspecto físico. Ese libro la hará aterrizar desde las nubes a la tierra. Es lo único capaz de lograrlo. Ha sido escrito de su puño y letra. Ella no puede descartarlo.

Sir James se llevó consigo el libro y el invaluable plato. Como yo ya me encontraba retrasado, bajé con él hasta la acera. Un coche estaba aguardando a sir James; subió, dio una orden escueta al formal conductor, y el vehículo se fue con rapidez. Sir James puso su sobretodo sobre la

ventanilla, de forma que la mitad que quedaba afuera tapaba el escudo que mostraba el panel, pero, no obstante ello, yo pude verlo a la luz del vidrio de nuestra puerta. Por un momento, el asombro me dejó sin aire. Me di vuelta y subí hasta la habitación de Holmes.

—Descubrí quién es nuestro cliente —grité, mientras entraba de golpe con mi gran novedad—. Sepa, Holmes, que es...

—Es un amigo noble y un caballero —afirmó Holmes, mientras extendía la mano para hacerme callar—. Suficiente con eso, ahora y siempre, entre nosotros.

Desconozco de qué forma se usó el libro delator. Tal vez fue sir James quien tuvo a su cargo esa tarea, aunque, por lo delicado de esta, es posible que recayese en el padre de la muchacha. Fuese como fuera, el resultado fue el que se deseaba.

Tres días más tarde se publicó en *The Morning Post* un anuncio que informaba que el casamiento entre el barón Adelbert Gruner y la señorita Violeta de Merville no se realizaría. En el mismo ejemplar del diario había una reseña de la primera vista, ante el tribunal de policía, en la acusación contra la señorita Kitty Winter, por el serio delito de lanzamiento de vitriolo. En dicha causa se expusieron tales atenuantes que, según se tendrá memoria, su sentencia fue la pena mínima aplicable a ese delito.

Sherlock Holmes estuvo en riesgo de que lo acusaran de robo con persecución, pero cuando el fin es noble y el cliente lo suficientemente ilustre, hasta la severa justicia inglesa se hace más humana y elástica. Hasta el momento, mi amigo no debió sentarse en el banquillo de los acusados.

